4439

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

¡ES UNA MALVA!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO.

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA,

POR

D. Luis Cortés y Suaña.

TERCERA EDICION.

MADRID:
HIJOS DE A. GULLON.
POZAS, 2, 2.º
1879.

3

¡ES UNA MALVA!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO.

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA,

POR

D. Luis Cortés y Suaña.

ESTRENADO

con gran éxito en el teatro del Príncipe en la noche del Jueves 13 de Octubre de 1859.

TERCERA EDICION.

BARCELONA:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE SALVADOR MANERO
Lauria, 82, (Plaza de Cerdá.)

1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
EL TIO CHULETA, viejo portero.	D. Mariano Fernandez.
ROSA, florista.	Doña Josefa Hijosa.
TERESA.	Doña Juana Martin.
RUFINO, jóven pintor. . . .	D. Eduardo Iroba.
LUIS, jóven profesor de música..	D. Emilio Mario.
D. ROQUE, antiguo manguitero.	D. José Aznar.
UN MOZO DE FONDA. . . .	D. Julian Rodriguez.

La escena pasa en Madrid, en casa de Rufino, el año 185...

Notas. 1.ª Todas las indicaciones están tomadas de la izquierda y derecha del espectador.

2.ª Los apartes están marcados con paréntesis.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada «El Teatro,» de D. Alonso Gullon, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permi o de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Todos los ejemplares de la presente edicion que no lleven el sello del Editor, se considerarán furtivos.

ACTO ÚNICO.

Interior del estudio de un pintor fotógrafo. Caballetes, tientos, paletas, pinceles, cuadros, retratos, estampas, grabados, bustos, figuras de yeso, piedras litográficas, máquinas de daguerreotipo, etc., etc., etc. A la izquierda una ventana: en segundo término un retrato empezado: al mismo lado una armadura completa de caballero, con visera, casco, escarcelas, etc. A la derecha, en el proscenio, un banco ó banqueta, en que habrá una levita nueva, y estará además graciosamente sentado un maniquí en traje de vestal. Al mismo costado una mampara que sirve de puerta á un gabinete: en segundo término la que conduce á la alcoba del pintor: entre las dos una mesa, sillas, etc. En el fondo la entrada al taller, y á la diestra una cómoda ó consola.

ESCENA PRIMERA.

CHULETA, *solo. Sale del cuarto de la derecha, con una escoba y un plumero debajo del brazo, y se dirije al foro saludando.*

Está bien, señorito; pierda usted cuidiao. Si viene gente diré que no esta usted... porque ha salio. Paece que el señorito Rufino tiene hoy muchas ganas de trabajar, lo cual no deja de ser un milagro. Pero si está enamorao hasta los tuétanos... ¿qué ha de suceder? En diciendo que un hombre quiere de veras á una mujer, ¡adios, aplicacion! ¡adios, libros! ¡adios, too! Y mas los jóvenes del dia... ¡ya, ya!... ¡Hola! puntas de cigarro... *(Las recoje y mete en el bolsillo.)* Dáte presa, colilla: dende aquí iras, mal que te pese, al cajon de mi mujer pa que te pique y te repique. Empecemos por sacudir el polvo á este guerrero... Cuando mi pienso que antaño llevaban los hombres toas estas

609263

cosas, se me figura que no podrian andar con tanto hierro y tanta... Es verdad que hoy lo gastan las señoritas en las sayas, en los morriñaques, como ellas dicen. Ahora paecen las niñas minas de hierro, y de esparto, y... de qué sé yo: vaya usted á buscar el filon!... Pero yo, que no quiero tener por costilla á una mujer de peso, «mira, Casilda,» he dicho á la mia, «si alguna vez te llego á ver, así... herraa, tronamos pa siempre.»—¡Jesús, qué sucio está esto! Y cuidao, que solo hace quince dias que he barrido!...

ESCENA II.

D. ROQUE *y* CHULETA.

ROQUE. (*Entra apresuradamente por el fondo. Su semblante denota inquietud y cólera.*) ¿El señor don Rufino Velazquez?...

CHUL. Aquí vive, caballero. Está usté en su estudio.

ROQUE. (*Parándose ante el maniquí.*) ¡Una mujer!... ¿quién es esa mujer?

CHUL. ¿Una mujer? ¡Já, já! Si es un pelele...

ROQUE. ¿Está usted seguro? (*Va á tentarlo.*)

CHUL. (*Deteniéndole.*) Perdone usté, caballero... eso está hecho de una madera que se llama «mírame y no me toques.» Si llegase usted á alterar la positura, ó á deshacer algun pliegue, contento se pondria el señorito...

ROQUE. (¡Tiene razon, es un maniquí!... Los celos me presentan una mujer en cada objeto... ¡No lo veo! ¡Oh rabia!) Necesito hablarle.

CHUL. En este momento acaba de salir.

ROQUE. ¡Con que... acaba de salir!... (Si lograse que este hombre...) ¿Es usted su criado?

CHUL. Su criao, no, señor: soy, por decirlo así, su ama de llaves, y además su portero.

ROQUE. ¡Ah! ¿usted es el portero de la casa? Entonces verá usted lo que entra y lo que sale...

CHUL. No, señor, porque no soy del resguardo ó carabinero; pero las personas, sí.

ROQUE. ¡Eh!... no estoy para bromas. ¿Quiere usted ganar

doscientos céntimos?

CHUL. No entiendo, pero en tratándose de ganar...

ROQUE. Diez y siete cuartos.

CHUL. Yo lo creo, y mejor treinta y cuatro.

ROQUE Corriente, aquí los tienene usted. (*Se los dá.*)

CHUL. *(Cogiendo una silla de la izquierda y deshaciándose en cumplimientos.)* ¡Caballero!... dispense usté... no habia reparao que estaba usted de cuerpo presente... Tenga usted el honor de tomar asiento.

ROQUE. Gracias; me voy á marchar. Cómo se llama usted?

CHUL. Francisco Chuleta (aunque no las pruebo), para servir á usté. ¿Y usté?

ROQUE. ¿Yo? Don Roque Palomino.—Pues bien, señor Chuleta...

CHUL. Debo advertir á usted que unos me llaman el tio Paco y otros el tio Chuleta.

ROQUE. Es igual... Pues bien, tio Chuleta, aquí tiene usted un hombre víctima del amor conyugal, en una palabra, estoy casado y celoso.

CHUL. ¡Toma!... Tocante á lo primero, le acompaño á usté en el sentimiento; en cuanto á lo segundo no, porque nunca he desconfiao de mi probe Casilda.

ROQUE. Mi mujer es mucho mas jóven que yo...

CHUL. ¡Malo!

ROQUE. Muy bonita...

CHUL. ¡Peor!

ROQUE Bastante coqueta...

CHUL ¡Ay, ay, ay!...

ROQUE. Y muy aficionada... á las pinturas.

CHUL. ¡Bah! Y eso ¿qué tiene de particular?

ROQUE. Mucho, señor mio: ¿no sabe usted que por la peana se adora al santo?... Tengo además una sobrina, un poco más jóven que mi esposa, tambien lindísima, algo casquivana, y á la que quiero casar con un amigo mio, que vá á concluir muy pronto la carrera de mariscal.

CHUL. ¿De campo?... ¡Sopla!...

ROQUE No, señor, de animales. ¿Usted me entiende?... Mas claro, herrador, albéitar...

CHUL. ¡Magnífica proporcion para una muchacha!...

ROQUE. Y sin embargo mi sobrina no quiere aceptar su mano... se le han metido unos amores en la cabeza, pero yo se los he de arrancar. Mi mujer, que proteje á la

chica, piensa casarla con otro, y yo he jurado arrancarla esa idea.

CHUL. (¡Este hombre todo lo arranca! Mas le valdría arrancarse las canas, que bastantes tiene.)

ROQUE. Pero lo mas atroz es que mi esposa admite citas de otro, y está aquí, en esta casa, en este mismo cuarto...

CHUL. *(Volviendo la cabeza á todos lados.)* ¡Pues no la veo!... Como no sea la que usté creia... *(Señalando al maniquí.)*

ROQUE. Estoy seguro: he sorprendido un billete dirigido á ella. *(Saca un papel del bolsillo y lleno de cólera, lo estruja entre las manos.)* ¿Usted no sabe lo que dice esta carta?...

CHUL. No es facil... Me estorba lo negro... Y, ¿qué dice?

ROQUE *(Leyendo.)* «Querida Teresa»... ¡Insolente!...

CHUL. ¡Hombre! yo, ¿por qué?

ROQUE. ¿No vé usted que lo digo aparte? (¡Que estúpido es este tio!)

CHUL. ¡Ah! ya: aparte, como en las comedias...

ROQUE. «Ya sabes que te amo...»

CHUL. Eso es de cajon... «Ya sabe usted que lamo, ladro y lastimo.»

ROQUE. ¡Infame!...

CHUL *(Creyéndose aludido retrocede.)* ¿Yo?

ROQUE. No, hombre.

CHUL. Pues vuelva usted la cabeza al otro lao.

ROQUE. «Confia en mi cariño. Mañana te llevaré á casa de mi amigo el pintor Rufino Velazquez...» ¡Ya lo oye usted... aquí!... «Te espero en la confiteria de la Dulce Alianza...» ¡De la dulce Alianza!... ¡Oh!... «Tomando un merengue y un vaso de agua... No firmo, porque demasiado conoces á quien te escribe...» *(Volviendo á arrugar la carta.)* ¡Ah!... ¡Bribon!... La lástima es que se haya valido del anónimo. El sobre no puede estar mas claro. «A doña Teresa de Palomino, calle del Burro...»

CHUL. ¿Y es usté su mario? ¡já! ¡já! El lance es chistoso.

ROQUE. Hágame usted el favor de no reirse, y responda. ¿Ha visto usted entrar aquí una jóven de grandes ojos negros, talle esbelto, aire andaluz?...

CHUL. No puedo contestarle, caballero. Usté sabe muy bien,

que en casa de un pintor entra tanta gente... (á ver trabajar...)

ROQUE. Y dígame usted... Ese don Rufino, ¿qué tal es?

CHUL. Sano de alma y cuerpo; nunca ha caido enfermo ende que le vacunaron.

ROQUE. No pregunto semejante cosa; quiero decir, si es guapo.

CHUL. ¡Ay!... Perdone usté, caballero, lo que es para mí, todos los hombres son feos.

ROQUE. (¡Si fuese él!...) ¡Ah! ¡tio Chuleta, tio Chuleta!... ¡Soy muy desgraciado!... (*Dándole un fuerte golpe en el hombro*)

CHUL. (Cuerno!... Este hombre es mas áspero que mi navaja de afeitar!)

ROQUE. ¡Dichoso usted si su mujer no le ha engañado nunca!

CHUL. En cuanto á eso, creo que sí lo ha hecho; pero ha pasao ya tanto tiempo desde entonces!... Desfigúrese usted, que cuando la guerra de la Indipendencia nos hicimos dipindientes uno de otro, esto es, nos echaron las bendiciones, y lo que yo digo sucedió antes...

ROQUE. No haberse casado, amigo mio.

CHUL. ¿Y yo, qué sabia? ¿Hace uno por ventura al tomar estado lo que con las criadas antes de admetirlas? ¡Anda! ¡Anda! pues si fuéramos á contar los que reciben gato por liebre!...

ROQUE. Ea, me voy, pero volveré.

CHUL. Usté es muy dueño... (de no venir.)

ROQUE. No diga usted á nadie que he venido. ¿Lo oye usted? ¡Silencio!...

CHUL. (Si piensa que voy á guardarlo mucho tiempo por una triste peseta...)

ROQUE. (*Se dirije al foro, y vuelve inspirado de una idea repentina*) ¡Ah! Examine usted muy detenidamente á cuantas mujeres vengan á estacasa.

CHUL. Bien está.

ROQUE. ¡Es que si no!... (*Le aprieta el brazo, le dá un golpe en la espalda, y se vá por el foro.*)

ESCENA III.

CHULETA, *despues* RUFINO *y* LUIS.

CHUL. ¡Qué bárbaro !... Está celoso, y cree soborniarme con treinta y cuatro cuartos.

RUF. (*Sale con Luis del cuarto de la derecha.*) Te digo, Luis, que eres muy necio... Robar á una mujer es cosa que trae malas consecuencias... eso se hace en las novelas, en los teatros; pero nunca en la vida real y positiva.

LUIS. Cuando te digo que no me queda otro recurso para ser dueño de Teresa...

RUF. No te canses, eres un loco de atar... Tio Paco, ¿ha venido alguien á verme?

CHUL. ¿Alguien?... Sí, señor... Es decir, no, naide. (¡Probe don Roque! harto trabajo tiene con...)

RUF. ¿Y la señorita Rosa, tampoco?

CHUL. ¡Oh!... bien sabe usté que si hubiese venido, no le habria negao la entrá... Bonito genio tiene... ¡ya, ya! Seria capaz de echar la puerta abajo. ¿Se le ofrece á usté alguna cosa, señorito?

RUF. No, puede usted irse.

CHUL. Es que si quié usté algo, mande con toda desconfianza, yo siempre estoy opuesto á servir... (*Sale por el fondo.*)

ESCENA IV.

DICHOS, *menos* CHULETA.

LUIS. ¡Qué bonachon es tu portero! (*Dirigiéndose á Rufino que se habrá colocado delante de su cuadro.*) ¿Quieres un cigarro?

RUF. Bueno.

LUIS. (*Dándole la petaca y mirando el cuadro.*) Muy bien, chico, me gusta.

RUF. ¿De veras?

LUIS. Sí, no en balde te llamas Velazquez.

RUF. Gracias, amigo Luis. ¡Cuántos llevan apellidos de personas ilustres, y sin embargo, son la estupidez perso-

nificada!...

LUIS. Hé ahí un rasgo de modestia que te caracteriza.—Pero hombre, ¿todavía sigues prendado de la florista? Acuérdate de lo que te digo: esas relaciones tarde ó temprano te llevarán á la horca...

RUF. *(Alarmado)* ¡Luis!

LUIS. Si, a la horca donde se matan los gustos: así llama un poeta al matrimonio. *(Coje la petaca que le dá Rufino, y enciende otro cigarro.)*

RUF. ¡Ja, ja! ¡qué cosas tienes! *(Cogiendo la paleta.)* ¿Qué quieres?—Rosa era mi vecina cuando yo tenia mi estudio en la calle de Toledo. Un dia que acababa de pintar unos cuadros por los que esperaba ir pensionado á Roma, caí enfermo, víctima de una fuerte calentura. En tal situacion, y falto además entonces de toda clase de recursos, mi inutilidad era completa, así es que todos mis amigos me abandonaron.

LUIS. Chico, yo estaba á la sazon en Toledo con mi madre...

RUF. Sí, pero yo que no tenia madre, ni en Toledo ni en ninguna parte, me hallaba en Madrid completamente solo, solo con mi grave dolencia, cuando la madre de Rosita (q. e. p. d.), agradecida á los favores que yo le habia dispensado, pasó con esta á mi cuarto á ofrecerme su asistencia.

LUIS. Y como las mujeres se pintan solas para cuidarnos...

RUF. Bien pronto el amor, reemplazado por la amistad perdida, fué el balsamo que me dió el consuelo, la salud y la felicidad.

LUIS. Sí, pero Rosita tiene un carácter muy irascible...

RUF. *(Pintando)* ¡Oh! en cuanto á eso, tienes razon, es una verdadera furia; pero me acuerdo de que tambien es huérfana; de que su pobre madre, momentos antes de espirar, me dijo que moria contenta confiando en que yo habia de ser el esposo de su querida Rosita, y en ese mar de dudas no hallo una tabla de salvacion.

LUIS. Haz lo que yo, no seas tonto. Coge la linterna de Diógenes, y échate á buscar, no lo que aquel gran filósofo, sino una mujer tan rica como mi Teresa... Hoy vá á venir y quiero que la retrates al daguerreotipo.

RUF. No puede ser; ya es tarde, y además no ha salido el sol en todo el dia.

LUIS. ¡Cuántos inconvenientes! Entonces, al óleo... un bo-

ceto... En quedándote con una idea de su fisonomía, luego puedes... Esa es la ventaja de los que, como tú, hacen a pluma y á pelo; con igual facilidad manejas el pincel, que la cámara oscura.

RUF. Entonces me parezco á los médicos que curan á sus clientes lo mismo con sanguijuelas que con glóbulos homeopáticos, como...

LUIS. Como yo; ¿no es verdad? ¡Qué pillo eres! *(Le estrecha la mano)* Y no obstante los dos obramos cuerdamente, puesto que somos eclécticos. Pero...

RUF. Calla, que viene Rosa... Cuidado, sobre todo, con que se te escape ni una palabra de tu Teresa delante de ella, porque formaria mil calendarios, me llamaria infiel, traidor... y ¡Dios nos libre!

LUIS. Descuida.

ESCENA V.

LOS ANTERIORES *y* ROSA, *que entra por el foro.*

ROSA. Buenas tardes. Saludo al rey de mi corazon y de los pintores.

RUF. Dios guarde á la rosa sin espinas.

LUIS. ¡Siempre tan vivaracha!

ROSA. Siempre.

RUF. ¡Y tan humilde!

ROSA. Ya se vé que sí. ¿No es cierto, vida mia, que soy una malva?

RUF. ¡Oh!... Aquí donde la ves, *es una malva*, ¡tan dulce, tan suave!...

ROSA. Solo que cuando este caballerito me hace rabiar, ó me dá celos, bien le hago experimentar el poder de mis uñitas...

RUF. ¡Y tan bien como lo haces!

ROSA. Bien le doy sendos pellizcos...

RUF. Sí, chico; lo que es para eso se pinta sola, como todas.

ROSA. *(Enfadada.)* ¿Como todas, eh? ¡Habráse visto!...

RUF. (¡Ya empieza!) No, mujer; no hablo por experiencia; refiero lo que es público y notorio.

ROSA. *(A Rufino.)* ¿Me esperaba sno es verdad lucero mio? Apostaria cualquier cosa, á que teenfadabas porque no

venia... ¿No es cierto que te enfadabas?

RUF. Mira, pregúntale á Luis si no le estaba hablando de tí cuando entraste.

LUIS. Así es; hace poco nos ocupábamos de usted.

ROSA. ¿Y le decia á usted que me adoraba, que se moria por mí? Vamos, sea usted franco, ¿no lo decia?

LUIS. Lo que es eso precisamente, no; pero una cosa que se parecia mucho...

ROSA. ¡Bah! ¡Qué tonta!... ¡á quién he ido á hacer esa pregunta!... Habia olvidado que son ustedes lobos de una camada...

LUIS. ¿Lobos? Muchas gracias por la comparacion.

ROSA. Los hombres se confabulan ustedes en seguida para engañarnos á las pobres mujeres.

LUIS. (*Con sonrisa irónica.*) Con efecto, ¡pobrecitas!

ROSA. Pero tú me quieres, ¿no es cierto?

RUF. Mucho.

LUIS. (Y aprisa para que se pase pronto.)

ROSA. ¿Y no dudas del cariño de tu Rosita? ¿No es verdad, Rufino?...

LUIS. ¡Calle!... ¿Ahora te llamas Rufino? Como siempre te he conocido por Antonio, tu segundo nombre...

ROSA. Sí, pero á mí no me gusta... ¡Antonio!... ¡puff!... todos los mozos de café se llaman Antonios.—¿Sabes una cosa? ¡Estás de enhorabuena! Hoy se suspende el retrato. Estoy muy contenta, y no podria permanecer quieta un minuto, pero pasaré la tarde en tu compañía.

LUIS. (*Bajo á Rufino.*) ¡Hasta ahora si que no nos ha fastidiado!...

RUF. (*Bajo á Luis*) ¡Calla!...

ROSA. (¿Qué estarán hablando?) ¿Te incomodas porque me quedo?

RUF. No, mujer.

ROSA. Es que si te incomodas, dílo.

RUF. (*Pasando al medio.*) No, Rosita, nada de eso. (*A Luis.*) Salgo, y me la llevo.

ROSA. ¿Habla usted en voz baja á ese caballero?... ¡Impolítico, mal educado! ¿Tienen ustedes acaso derecho para hablar cosas que yo no pueda oir? Si les estorbo, díganlo ustedes y me iré.

RUF. ¡Otra te pego!

LUIS. Señorita, es usted muy susceptible.

ROSA. (*Enojada.*) ¿Yo, susceptible? ¡Desvergonzado!

RUF. ¡Por Dios, niña!...

ROSA. ¡Consiente usted que me insulten sus amigos!... (*Dando golpes con el pié en el suelo*) ¡Es una infamia!... (*Con explosion.*) ¡Y no le manda usted que me pida perdon!...

RUF. (*A Luis.*) Vamos, hombre, pídeselo. (*Rosa se sienta en la banqueta*)

LUIS. ¿Yo? (*Dirigiéndose corriendo al foro.*) ¡A buena parte vienes!

RUF. (*A Luis, bajo*) Por mí, Luis; te lo ruego.

LUIS. (*Pasando junto á Rosa, dice con ironía.*) Señorita, pido á usted perdon...

ROSA. Sí, perdon... ¿Se le ha figurado que porque un tonto como usted (*Luis hace lo mismo que antes.*) me diga esas cosas voy á darme por efendida? Pues se equivoca de medio á medio.

RUF. (*Interponiéndose.*) ¡Vamos, haya paz!

LUIS. Chico, me voy. Tengo que dar tres lecciones de música como profesor de piano, y hacer otras tantas visitas como facultativo.

ROSA. (Este hombré es un cajon de sastre.)

LUIS. Con que hasta la vista. (No tardaré: espero que cuando vuelvas, estarás solo.)

RUF. (¡Calla!)

ROSA. (*Levantándose*) ¡Otra vez con cuchicheos!...

LUIS. (*Saludando.*) Señorita... (¡No hay duda: la niña es una alhaja!...) (*Váse.*)

ESCENA VI.

RUFINO *y* ROSA.

ROSA. ¿Sabes que no me gusta nada tu amiguito? Como pianista, anda de ceca en meca y te lleva á todas partes; como médico, te enseñará á tomar el pulso, y cuando delante de tí se ponga mala alguna señorita... Vamos, no puedo ver á ese hombre.

RUF. Pero, hija mia: ¿no conoces que lo propio dices de todos mis amigos?... Hasta me prohibes hablar con los autores dramáticos, so pretexto de que conocen á las actrices.

ROSA. Con esos te lo permitiria, con tal que me dejases se-

guir la vocacion que tengo por el teatro... Porque has de saber que yo no he nacido para florista...

RUF. ¡Cómo! ¡Una *Rosa* no ha de servir para *florista!*

ROSA. ¿Por qué no quieres que salga á las tablas? ¡Vamos á ver!...

RUF. ¿Por qué? Porque no me acomoda; ya lo sabes.

ROSA. (*Quitándose la mantilla.* ¿Temes que haria muchas conquistas? ¿Pues que, por ventura podria querer á otro amándote á tí, á un muchacho tan guapo?... (*Observándole.*) ¡Calla! ¡Calla! ¡Te han cortado el pelo! ¡Me gusta! ¿No te acuerdas de que te lo he prohibido?

RUF. Tenia mucho calor, y...

ROSA. ¡Tambien te lo has rizado!... No dirás que eso lo has hecho por el calor.

RUF. Mujer, ¿quién por cuatro reales no se deja hacer esas dos operaciones?...

ROSA. Sí, sí: ¡algun proyecto traes entre manos! ¡Es claro! ¡Una cita! ¡Por eso has cuchicheado tanto con tu amiguito!...

RUF. ¡Otra!

ROSA. ¡Oh! Pues yo he de saberlo todo... ¡Te aseguro que como os sorprenda, he de armar una marimorena!...

RUF. (¡No ha de poder uno ni siquiera rizarse el pelo! ¡Es mucho cuento!...)

ROSA. (*Viendo una levita que está sobre la banqueta.*) ¡Hola! ¡Hola!... ¡Una levita nueva y con forros de seda!... (*Con tono trágico.*) ¡Ah! ¡Rufino, Rufino, me estás engañando!

RUF. (*Pasando á la derecha.*) ¡Oh! ¡Esto es ya insufrible! Para que veas: esa levita queria estrenarla contigo esta noche en Capellanes.

ROSA. (*Con alegría.*) ¿Con que vas á llevarme al baile? ¡Ah! Perdóname, mono mio; perdona á tu corderita... ¡Cuánto vamos á bailar! Por supuesto, tú siempre conmigo: wals, polka, redowa... ¡Ay qué gusto!

RUF. (Jesús qué mujer!...)

ROSA. Mira, ponte la levita: figurémonos que estamos ya en Capellanes; yo me siento aquí, y tú vienes á sacarme.

RUF. ¡Otro caprichito!... Habré de acceder á él, porque si no será capaz de escandilazar la vecindad... (*Accede á su pesar á los deseos de Rosa; hace lo que esta le ha dicho, y ambos se ponen á bailar, hasta que el tio Paco, des-*

pues de entrar tararareando por el foro, y de danzar un poco tambien, se queda en una postura graciosa.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS *y* CHULETA.

CHUL. (*Con dos cartas en la mano.*) Señorito, aquí traigo estas dos cartas que le han dao á mi mujer pa usté.

RUF. Bien. (*Bajo al portero*) (¡Torpe! ¡Delante de ella!...)

CHUL. (*A media voz.*) Como no la he visto subir...

ROSA. ¡Eh! ¿Qué es eso?

CHUL. Nia: le estaba preguntando al señorito si queria comer aquí.

RUF. (*Pasando al lado de Rosa.*) No, no; voy á salir.

CHUL. (¡Oh!... ¡Si mi Casilda me tratase á mí, como este arrapiezo trata á mi señorito! ..) (*Váse murmurando.*)

ROSA. (*Viendole salir, y pasando á la izquierda.*) (¡El demonio del carcamal!) ¿Qué, no lees las cartas?

RUF. (*Arreglando los plieques del maniquí.*) ¿Para qué? Ya sé sobre poco mas ó menos lo que contienen... Serán de unos amigos que han ofrecido darme varios asuntos para cuadros de composicion...

ROSA. Sí; ó de chicas que te darán citas... ¿Quieres que te las lea?

RUF. Deja: no te incomodes. (*Abre la carta y lee. Rosa se pone detrás de él, asomando la cabeza por encima de sus hombros.*) «Querido Rufino: Cumpliéndote lo prometi»do, te recomiendo como asunto para un cuadro his»tórico, no tratado hasta ahora por nadie, el acto de »disparar Guillermo Tell la flecha á la manzana puesta »sobre la cabeza de su hijo.» ¡Vaya una novedad, que todo el mundo está harto de ver!... (*Vuelve al maniquí.*)

ROSA. (*Siguiéndole*) ¿Y la otra?

RUF. (*Pasando á la izquierda*) Has de saber que Guillermo Tell fué uno de los primeros jefes de la revolucion suiza del año mil trescientos siete....

ROSA. (*Siguiéndole.*) ¿Y la otra?

RUF. ¿No has oido nunca cantar: «Guillermo Tell, hombre inmortal?...»

ROSA. (*Con explosion.*) Bien, dale un caldo. ¿Y la otra?

RUF. ¿Qué otra?

ROSA. La carta.

RUF. ¡Ah! Tienes razon: ya se me habia olvidado.

ROSA. Pues á mí no.

RUF. (*Leyendo la carta.*) «Muy señor mio: Mi hijo, de quien hablé á usted...»

ROSA. No dice eso: «¡Mi hija!...» Bien claro está: «Mi hija»...

RUF. Es verdad. «Mi hija, de quien hablé á usted ayer, es »rubia, con ojos azules, tiene diez y siete años, y »aunque me esté mal el decirlo, es, á pesar de su »corta edad, lo que se llama una buena moza. Si con »estas circunstancias le conviene á usted para *mode-»la*... ¡Yo lo creo que me conviene: vaya! Justamente »eso era lo que buscaba para acabar mi gran cuadro.

ROSA. (*Deshaciéndose en llanto*) ¡Ay, ay ay!

RUF. ¡Dale, bola! ¿Pero á qué viene ahora eso?

ROSA. (*Id.*) Vas á tomar un modelo hembra. (*Sentándose en la banqueta.*) ¡Ay, ay, ay! ¿No tienes ahí esos dos muñecos?

RUF. Mujer, un maniquí no sirve mas que para estudiar en él las posturas y ropajes, y yo necesito copiar al natural, dibujar el desnudo.

ROSA. (*Llorando.*) Y á mí no me gustan estas tonterías; quiero que copies al vestido.

RUF. Pues bien, yo ahora necesito trabajar, y si no, están de mas los pinceles.

ROSA. (*Levantándose y pasando á la izquierda.*) ¡Corriente! ten los modelos que quieras, pero no volveras á verme el pelo... Y no creas que me la pegas, no: la modela que te propone esa mujer la conoces, es otra novia que te has echado... y con la que pensabas ir á Capellanes... ¡Ah! ya hace tiempo que no eres conmigo lo que antes... Esos cuchicheos con Luis... (*Con rabia.*) Sí, hablabais de esa mujer; no me cabe duda, hablabais de esa mujer.

RUF. (*Sentándose en la banqueta.*) Está visto; te has vuelto loca; has perdido hasta el sentido comun.

ROSA. ¡Así me tratas! ¡mónstruo! ¡pérfido! Pues bien: si me quito la vida tú tendrás la culpa, y me moriré... ¡vaya si me moriré!

RUF. ¡Toma! cuando Dios quiera.

ROSA. (*Corre hácia la ventana y la abre de par en par.*) ¿Sí? pues ya verás.

RUF. (*Haciendo un movimiento de terror y levantándose.* ¡Dios mio! ¡qué vás á hacer!

ROSA. (*Sacando la mano fuera de la ventana, dice con voz natural.*) ¡Calla! ¡está lloviendo!... ¡y no he traido paraguas!...

RUF. (¡Bestia de mí! ¡Siempre me dejo engañar!...)

ROSA. (*Volviendo hácia él*) No, no me tiro. En primer lugar, porque te alegrarias, y en segundo, porque no lo mereces; pero me voy, me marcho para siempre. (*Se dirige al foro y vuelve.*) ¿Lo oyes? para siempre.

RUF. Bueno, bueno, anda bendita de Dios.

ROSA. ¡Cuando yo vuelva aquí!... Maldita sea la casa y... (*Sale corriendo por el foro, volcando un cajon que hay en una silla á la derecha de la puerta de entrada, y esparciendo por el suelo las estampas que aquel contiene. Óyese despues fuera un gran ruido de cristales*)

ESCENA VIII.

RUFINO, *despues* CHULETA.

RUF. (*Enjugándose con un pañuelo el sudor de su frente.*) ¡Oh! ¡esto es atroz! ¡Y todavía hay hombre que quiera á las mujeres!... Pero si soy tan bestia que la quiero con toda mi alma. ¡Oh! no; lo que es esta vez!...

CHUL. (*Entra por el foro.*) ¡Ay señorito! Doña Rosa, de paso que se ha marchao, ha roto dos cristales de la ventana de la escalera.

RUF. Bien, ¿y qué?

CHUL. Que cuestan diez reales.

RUF. Téngalos usted.

CHUL. Muchas gracias, señorito... yo lo siento... Son para el casero... (*Reparando en los grabados, los recoge y pone en su sitio.*) ¡Hola! parece que el huracan ha entrao por esa ventana...

RUF. ¡Bueno! que tire, que rompa... Tio Paco, si vuelve otra vez á poner los piés en esta casa, la dirá usted que no estoy...

CHUL. Será usted obedecío.

RUF. Y no la dejará usted entrar.

CHUL. Bien, señorito... si puedo. ¡Oh! cuánto me alegro de que haya usted rompío con ella. —Cuando yo era

jóven, no me gustaban mas que las mujeres de alto copete... porque con las modistas... con esa clase de gente, pierde uno el tiempo y la paciencia... (*Con orgullo*) y hasta se rebaja...

RUF. ¡Ah! ¡se me olvidaba! Don Luis vá á venir con una jóven... Corra usted á la fonda inmediata y mande traer una buena comida de tres cubiertos... Que sea bien buena, y abundante. (*Se sienta junto al caballete*)

CHUL. Voy volando. (*Con cierto orgullo*) (¡Oh! ¡Por qué no habré yo nacido príncipe!...) (*Váse por el foro.*)

ESCENA IX.

RUFINO, *despues* LUIS.

RUF. ¡Bonito tengo el pulso!... ¡Cá! es imposible pintar... Un artista no deberia enamorarse...

LUIS. ¡Ah! ¿estás aquí? Me alegro... ¿Solo? ¡Gracias á Dios!...

RUF. ¿Y Teresa?

LUIS. Ya vendrá... tiene que aguardar á que se vaya el cancerbero de don Roque... (*Mirando á su alrededor.*) Pues... ¿y Rosa?

RUF. (*Levantándose*) ¡Oh! ¡no me hables de ella! ¿No sabes lo que ha pasado?... ¡Mejor será callar! Baste decirte que hemos tronado para siempre. (*Recalcando la frase.*) *Yo te aseguro que mientras viva, no volverá ella á pisar el estudio de Rufino Antonio Velazquez.*

ESCENA X.

DICHOS, ROSA *que entra corriendo por el foro, mirando al suelo en busca de alguna cosa y sin decir nada, luego* CHULETA.

LUIS. (¡Adios, mi dinero!...)

RUF. (¿Qué hace?)

ROSA. (*Pasando á la derecha*) Perdone usted, caballero; salí de aquí con ánimo resuelto de no volver; pero me he dejado una aguja de la mantilla, y no hay para qué regalársela á usted...

LUIS. (Ya la estaba viendo venir.)

RUF. ¡Y vuelve usted por una triste aguja!

ROSA. Sí, señor; cada uno quiere lo suyo... ¿Y he de descomponer el par porque á usted se le antoje?... Además... era muy grande...

LUIS. (¡Seria alguna aguja de ensalmar!...) (*Se sienta.*)

ROSA. (Que rabien; no me he de ir.) Creo que aquí estuve sentada. A ver: levántese usted. (*D. Luis se levanta y se aleja.*)

LUIS. (*Bajo á Rufino.*) No hagas caso; algun pretexto...

RUF. (*Id. á Luis.*) El caso es que va á venir tu Teresa y...

LUIS. (*Recogiendo del suelo un alfiler pequeño, que presenta á Rosa.*) ¿Será esto?

ROSA. ¡Eh! no sabe usté lo que se pesca. ¡Busco una aguja de mantilla, un alfiler grueso... y me presenta usted uno de toca de monja!...

LUIS. Dispense usted señorita: como no estoy muy fuerte en punto á quincalleria...

ROSA. Es usted muy torpe: no entiende usted ni la aguja de marear...

LUIS. En cambio usted es maestra...

ROSA. (*A Rufino, pasando á su lado*). Veo que le incomodo á usted, y lo siento; pero no puedo quitarme de en medio hasta que parezca mi aguja. (*Pasa á la izquierda.*)

LUIS. (*Bajo á Rufino.*) No la va á encontrar en todo el dia...

CHUL. (*Entra bruscamente por el foro.*) Señorito, ya está encargada la comilona...

RUF. (*Bajo á Chuleta.*) ¡Calle usted, imbécil!

CHUL. (*Viendo á Rosa.*) (¡Ah! ¡ya caigo!... ¡está aquí otra vez la rompe-cristales!)

ROSA. (¡Van á tener un banquete!... ¡Oh! yo he de averiguar...) (*Echa á andar y finge dar un mal paso.*) ¡Ay! ¡ay! ¡Dios mio! no puedo andar. (*Se deja caer sobre una silla.*)

RUF. ¿Qué ha sido eso?

ROSA. ¿No tiene usted ojos? ¿No ha visto usted que me he torcido un pié? ¡Ay! ¡ay! ¡qué dolor!

CHUL. ¡Algun mal paso! ¡Se dan tantos en esta vida!...

LUIS. Que vaya el tio Paco á la botica de enfrente por un poco de agua de vejeto.

CHUL. ¿Cuánto traigo?

LUIS. Cuatro cuartos...

CHUL. (Molidos tengo los mios de tanto subir y bajar.)

ROSA. No... no es necesario...

LUIS. ¿Quiere usted que la tome el pulso?
ROSA. Gracias; no se incomode usted.
LUIS. Portero, vaya usted por una docena de sanguijuelas.
ROSA. Es inútil; póngaselas usted por mí.
CHUL. (No es ella mala sanguijuela.)
LUIS. Entonces unos paños de árnica y unos glóbulos de...
ROSA. Vaya usted á paseo con sus globulitos.
LUIS. (*Bajo á Rufino.*) Chico, segundo pretexto...
ROSA. Creo que descansando un poco y no moviéndome...
LUIS. (Te veo... quedar.)
RUF. (*Bajo á Chuleta.*) Si viene una jóven, haga usted por que Rosa no la vea...
CHUL. (*Id. á Rufino.* Entiendo...
LUIS. (*Id. á Chuleta.*) La convienen unos pediluvios: si no hay pozo en casa, zambúllala usted en la tinaja...
CHUL. (*Id. á Luis.*) ¿Con que unos pedirrubios, eh? No la vendrian mal.
ROSA. (*A Rufino, que se pone el sombrero.*) ¿Vá usted á salir?
RUF. Sí, tengo que hacer... ¿Vienes, Luis?
ROSA. (¡Que no pueda yo averiguar á donde van!)
LUIS. (*Sonriendo.*) Señorita, que usted se alivie... (*A Rufino, que compadecido de Rosa, quiere correr á auxiliarla.*) ¡Anda, tonto! ¡Cuándo escarmentarás!... (*Vánse los dos por el foro.*)

ESCENA XI.

ROSA, CHULETA, *escondido detrás del caballete: luego un* MOZO *de fonda.*

ROSA. (*Levantándose precipitadamente.*) Yo he de saber lo que van á hacer... (*Dirigiéndose al foro con presteza.*) Nadie ha de decir que me han engañado, que se han burlado de mí...
CHUL. (*Saliendo del escondite y riendo.*) ¡Hola! ¡hola! ¡la cojita!
ROSA. (¡Maldito vejestorio!...)
CHUL. (¡Qué pez es la niña esta!...)
ROSA. ¡Oh! no puedo vivir así... Ese pillo de don Luis le ha echado á perder... Le juro que me las ha de pagar... Despues, cuando coja á Rufino por mi cuenta le he de acribillar á pellizcos; en seguida me bebo dos cuartos

de aguardiente mezclado con otros dos de fósforos, y luego...

CHUL. Al campo santo. Mas le valdria á usted comerse los mistos y darme á mí el aguardiente pa que la acompañara en el sentimiento...

MOZO. (*Entra por el foro con una banasta sobre la cabeza.*) Aquí está la comida que me han mandado traer. (*Pone la cesta en el suelo*)

ROSA. ¿Comida tenemos? Eso es otra cosa: entonces me quedo.

CHUL. (¡Canario! no me han dao destrucciones pa este caso... ¡Bah! no las necesito.) Corriente: póngalo usted todo encima de esta mesa. (*La coloca en medio del cuarto.*)

MOZO. (*Sacando los cubiertos*) Uno, dos y tres cubiertos.

ROSA. (*Pasando al lado de Chuleta.*) ¡Cómo! ¿tres?

MOZO. Los que me han hecho traer, señorita...

ROSA. ¡Claro es! aguardaban...

CHUL. No tal; no aguardaban á naide, sino que como hace dias que el señorito tiene un hambre canina... ¡Usted no sabe lo que come un pintor cuando tie apetito!...

ROSA. ¡Me lo querrá usted decir á mí!

CHUL. Pues bien... la verdad... Yo he sido quien he mandado traer tres cubiertos, porque como don Rufino nos dá á Casilda y á mí lo que sobra, he dicho: «*aliqui chupatis...*»

ROSA. Sí, sí; á otro perro con ese hueso. (Pues no pretende pegármela este viejo chocho!...)

MOZO. Ya está.

ROSA. (*Examinando al mozo.*) (¡Parece muy jóven!... Y no es feo!... ¡Si será alguna mujer disfrazada! ¡tal vez la que esperaban!...

MOZO. Me parece que los señoritos quedarán contentos. (*Aparta á un lado el caballete y sale por el foro llevándose el cesto.*)

ROSA. (¡Y tiene la voz atiplada!...) (*Mirando los platos.*) Nada falta: es una comida en regla. (Me viene de perilla: justamente estoy desde esta mañana con cuatro buñuelos de á ochavo y un mondadientes...) (*Se sienta á la mesa.*)

CHUL. Esta silla pa don Rufino... ¡Cómo! ¡se sienta usted á la mesa! ¡Yo creia que iba usted á comprar los fósforos!...

ROSA. Lo mismo dá: quiero morirme de un atracon.

CHUL. ¡Ay señorita! ¡cuánto daría yo por morirme con usted de esa manera!...

ROSA. Pues acompañeme usted... sin reparo... (Así, luego le echaré la culpa.)

CHUL. Una vez que usté se empeña. (Yo les diré que ha sido ella) (*Se sienta*)

ROSA. (*Comiendo.*) ¡Riñones de ternera!... ¡Cómo me gustan!... ¡Y cangrejos! me muero por ellos.

CHUL. (*Id.*) Y yo tambien: con que, muriéndonos, conseguiremos nuestro ojeto. Veo que tiene usted una concencia muy ancha! ¡too la gusta!... Cuando vuelva el señorito se dará por muy contento si encuentra alguna miga de pan en el mantel...

ROSA. Que tenga páciencia.

CHUL. ¡Qué rica es esta chuleta!... Yo tambien estoy desesperado, señorita; tanto que por comer, me estoy engullendo mi propio apellido.

ROSA. Un hombre á quien queria mas que á las niñas de mis ojos, y que en pago me engaña, me hace desgraciada!... ¡Porque ha de saber usted, tio Paco, que soy una jóven muy desgraciada!... (*Come.*)

CHUL. Sí, pero la desgracia no le quita á usted el apetito...

ROSA. Hay dias en que de buena gana me tiraria al canal. (*Mojando pan en la salsa.*) ¡Ay, tio Chuleta! mas vale una vuelta por aquí, que ciento por el Prado.—Vaya un trago.

CHUL. ¿Para usted?

ROSA. No; jamás he probado el vino, y me haria daño.

CHUL. ¡Eh! poco veneno no mata: esto fortifica el estuérgamo y ayuda á la indigestion... El agua cria ranas... Sin embargo, si quiere usted, iré por ella á la tinaja.

ROSA. No, no. Vaya; eche usted un dedo... Pero hombre, ¿qué hace usted? Le he pedido un dedo... así.—(*Poniendo el índice horizontal.*)

CHUL. Perdone usted, señorita: como yo los bebo de otro modo... (*Poniéndolo perpendicular.*)

ROSA. (*Despues de dar un sorbo*) ¡Uff! ¡esto abrasa! ¡Usted, tio Paco: beba usted á mi salud... pero no á la de ese bribon!...

CHUL. (*Vertiendo vino para sí.*) Pierda usted cuidao: beberé *para* la mia. (*Bebe.*)

ROSA. ¡Ah! ¡qué malos son los hombres!...

CHUL. Tiene usted razon; son muy malos!

ROSA. (*Tira la servilleta, se levanta y pasa á la derecha.*) Vea usted: ya se me ha quitado la gana.

CHUL. Yo lo creo: despues cá llenao la andorga...

ROSA. ¡Ha salido con Luis!... ¡Quizá estarán jugando al billar!... Voy á recorrer todos los cafés de Madrid. Pero, ¿cómo? ¡sola! ¡Qué dirian de mí!... ¡Dios mio! si yo me vuelvo loca! si no hago mas que cavilar... (*Metiéndose un gran pedazo de chuleta en la boca.*)

CHUL. (Y comer.)

ROSA. ¡Oh! ¡yo he de dar con el pérfido!... he de matar á ese bribon de don Luis... (*Envolviendo todos los cangrejos en un papel y guardándoselos en las faltriqueras del vestido.*) Tio Paco, diga usted á don Rufino que no le volveré á ver mas... (*Se dirije al foro.*)

CHUL. (El si que no verá los cangrejos...)

ROSA. ¿Lo oye usted? ¡que no!

CHUL. Bien, pero se lleva usted los cangrejos...

ROSA. Que no, y mil veces no! (*Vase.*)

ESCENA XII.

CHULETA *solo, mirando lo que hay en la mesa.*

CHUL. ¡Cómo que no!... ¡si no deja ninguno!... Y á mí que me gustan tanto esos animalillos dende que he sabido que andan hácia atrás!... Afortunamente no se ha comío los riñones: los acabaré y así cubriré los mios... Eso es: lo del pobre: antes reventar que sobre. (*Se pone á la mesa de espaldas al foro: come y bebe poco á poco hasta emborracharse.*) Despues, si me regañan, diré que esa rompe-cristiales ha cargao con lo que no pudo comerse... Bien mirao eso de casarse un hombre con una mujer... (*B be*) que no le proporciona á uno mas que disgustos!... (*Riendo.*) ¡Hi! ¡hi! ¡hi!... No sé por qué, pero ello es que en los hombres no encuentro defleutos, y en las mujeres no veo otra cosa... Las mujeres al fin... son... (*Come.*) mujeres. Hasta ellas mismas no quieren ser prefectas: hombre... cuando la na... (*Bebe.*) turaleza no las dá lunares... se los ponen postizos... dígalo si no mi antigua novia la vizconde-

sa... Por cierto que era vizca... Si la llamarian vizcondesa por que vizcaba los ojos?... ¡Jesús! cuántas barbaridades estoy echando por esta boca!... Deberian ahorcar á tó el que hablase mal de las mujeres. (*Se levanta.*) Si habré cogido alguna chispa y no me lo dejará conocer el vino... ¡Já! ¡já! (*Al pavo.*) Estate quieto... Entonces, seré lo que se llama un hombre *de chispa*... ¡Já! ¡já!... Metamos aquí las penas. (*Bebe.*) ¡Me gusta! ¡Pues no me está haciendo señas ese pavo pa que me lo coma!... Mas tarde, amigo, mas tarde... ¡Pero hombre! es posible que estos animales, cuando los ceban, se traguen con cáscara y tóo las nueces, y yo, que tengo esta (*Señalando la laringe.*) hace sesenta años, aun no he podido lograr que pase de aquí!... ¡Já! ¡já!... (*Bebe. Vuelve á sentarse y canta.*)

Cartas son cartas,
papeles son papeles...

ESCENA XIII.

CHULETA *y* TERESA, *que entra por el foro con timidez y precaucion, sin reparar en aquel.*

TER. Sí; aquí debe ser... Este parece un taller de pintor... Justo; he acertado.

CHUL. (*Ha reclinado en la mesa el brazo derecho y apoyado sobre este la cabeza en disposicion de dormir, y sigue cantando.*)

Cartas son cartas,
palabras de mujeres
todas son falsas.

TER. (*Volviéndose.*) ¡Aquí hay gente!... (*Acercándose á Chuleta.*) Caballero... (*Alzando mas la voz.*) Caballero...

CHUL. (*Levantándose como asustado.*) ¿Quién caballerea por ahí? (Una jóven!... Sin duda es la que mi amo espera.) (*Saluda.*)

TER. (¿Será el pintor de que Luis me ha hablado?) Perdone usted, caballero; ¿no vive aquí don Rufino Velazquez?

CHUL. Sí, *señorita*... (Es muy guapa; debe ser doncella.) ¿Presumo que será usted la *señora* á quien aguarda? (Pues es casada, que le abulta mucho el morriñaque... ¡Es particular! ¡Se dá un aire á la vizcondesa!...)

TER. ¿No está en casa?

CHUL. No señora... (Trae vestido negro; paece viuda; á esta ya se le ha muerto su difunto...) Salió hace un rato con un amigo suyo...

TER. ¡Ah! sí; con un tal...

CHUL. Don Luis Batuta, profesor de música y médico.

TER. ¡Ya! (¡El mismo!) ¿Y por qué no me han esperado?

CHUL. Porque han salio... han tenido que hacer una negligencia precisa; pero el señor don Rufino me ha encargado mucho que si venia gente se ocultase usté.

TER. (¡Oh! sí; es necesario tener prudencia... Si alguno me viese aquí...)

CHUL. ¿Está usté hablando aparte, como el otro?

TER. (*Viendo el maniquí*) ¡Ah! ¡Dios mio!...

CHUL. (*Pasando junto al banco.*) ¡Já! ¡Já! No tema usted... ¡Esa mujer es muy calláa... es un monigote! (*Riendo.*) ¡Hi! ¡Hi! ¡Hi!

TER. (*Mirando á todas partes.*) ¡Ah! ¡Cuántas figuras!... Las hay muy bonitas: ¿puedo verlas?

CHUL. Sí, señora; pero en seguida cierre usted los ojos...

TER. ¿Por qué?

CHUL. Porque están en cueros como nuestro padre Adan... aun no ha venido el sastre...

TER. (*Reparando en un lienzo colgado á la izquierda de la puerta de fondo, y en el cual hay un hombre con cabeza de ciervo.*) ¡Calla! ¡un ciervo! ¡qué bonito!

CHUL. Efectivamente... está hablando; pero no vaya usted á creer que es un ciervo como otro cualquiera. (Ese pavo se ha empeñado en seducirme: ahora me está guiñando el ojo.) Segun he oido decir al señorito varias veces, fué un jóven muy desgraciado, llamado Chaqueton... ó Acteon, que habiendo salido un dia de caza, ejercicio á que parece era muy inficionado, llegó al sitio donde se bañaba una tal doña Ana... ó... doña Diana. El muy curioso la miró, no sé si con anteojos ó sin ellos, y la muy pícara le convirtió en ciervo, haciendo que sus propios perros, desconociéndole, le despedazaran.

TER. (*Subiendo á la derecha y mirando los cuadros*) ¡Pobrecillo!

CHUL. ¡Ay, señorita! Pues si á ese venao le compadece usted, ¡á cuántos tendrá que hacer lo mismo!... (*Mirando lo que hay sobre la mesa.*) ¡Hola! acinutrias, digo, acei-

tunas... Pa Casilda (*Se las mete en el bolsillo.*) ¡Pobre pavo! Me dá lástima dejarle solo... Adentro con él. (*Se lo guarda.*) Señorita, tengo el honor... (De llevarme este pavo... Es singular: ya no se parece tanto á la vizcondesa... (*Váse por el foro dando traspiés.*)

ESCENA XIV.

TERESA, *sola.*

¡Qué hombre tan extravagante! Pues señor, héme aquí sola, en casa de uno á quien apenas conozco... Si por casualidad me sorprendiese el bueno de don Roque... ¡tan celoso como es!...

ROSA. (*Desde fuera.*) Le digo á usted que quiero subir y subiré.

CHUL. (*Id.*) Pero, señorita, si no hay nadie.

ROSA. (*Id.*) Miente usted. (*Se oye el ruido de un cachete.*)

CHUL. (*Id.*) ¡Ay, ay, mi carrillo!

TER. (*Asustada.*) ¡Dios mio! oigo ruido... alguien viene... ¿Dónde me esconderé? (*Viendo la segunda puerta de la derecha.*) ¡Ah! en este cuarto... y para mayor seguridad, echemos la llave. (*Se mete en el cuarto.*)

ESCENA XV.

ROSA, *despues* CHULETA.

ROSA. (*Sola. Entra por el foro en el momento de cerrar Teresa la puerta.*) ¡Ah! ¡Una mujer se ha escondido en esa pieza. (*Se dirige corriendo á la puerta.*) ¡Y ha cerrado con llave!... ¡Maldicion!!! ¡Ha hecho usted bien, señora!... pero yo le aseguro que en cuanto salga... (*Vá á la izquierda del foro, coge un tiento y se pone en guardia.*) Uno, dos, tres... ¡pum! (*En este momento Chuleta, que entra por el fondo, recibe un golpe en la espalda.*)

CHUL. (*Dando gritos.*) ¡Ay Dios mio! ¡mis huesos!...

ROSA. (¡Chúpate esa, viejo infame!)

CHUL. (*Gritando.*) ¡Ay! ¡ay! ¡Casilda! Casilda... prepara una cataplasma para tu pobre Chuleta. (*Váse.*)

ROSA. (*Tirando al suelo varios trastos.*) ¡Guerra á muerte á

todo lo que se me presente! ¡Que no quede títere con cabeza!—¡Como le pillase con ella! ¡Ah! entonces mi venganza seria completa. Pero, ¿cómo me quedaria aquí sin ser vista? (*Mira á todas partes.*) ¡Ah! ¡este monigote!... Me pondré en su lugar... El velo que le cubre me tapará perfectamente. ¡Magnífico! (*Coge el maniquí.*) Pero, ¿dónde le meteré? (*Viendo la puerta de la derecha.*) ¡Ah! sí, en este cuarto... (*Sacudiendo el maniquí.*) ¡Oh! ¡señora! ¡Cuánto pesa usted! Ahora, disfracémonos... (*Entra en el gabinete de la derecha con la vestal. Durante esta escena, la noche se irá aproximando poco á poco. D. Roque entra con precaucion por el foro.*)

ESCENA XVI.

D. ROQUE, *luego* ROSA.

ROQUE. (*Mirando á todos lados.*) ¡No hay nadie! Me he escurrido sin que me atisbaran los porteros... Creo que estaban cenando... Mi mujer ha salido de casa y aun no ha vuelto... ¡Oh! ¡Aquí debe estar, sí; aquí es donde le han dado la cita!... Juro no irme hasta que la encuentre... ¡Oh! ¡Teresa! ¡Si es cierto!... ¡Si á estas horas!... he de beber tu sangre... me vengaré, sí... ¿cómo? no lo sé, pero me vengaré...

ROSA. (*Sale del gabinete de la derecha en traje de vestal.*) ¡Silencio, caballero, mas bajo!

ROQUE. (*Huyendo asustado.*) ¡Eh! ¿Qué es eso? ¡El maniquí!...

ROSA. (*Alzándose el velo.*) No, señor; una mujer celosa que ha ocupado su lugar para confundir al traidor...

ROQUE. ¡Cómo!

ROSA. He oido desde dentro lo que ha estado usted diciendo... Usted busca á su esposa, y está aquí...

ROQUE. (*Pasando á la derecha.*) ¿Dónde, dónde? responda usted.

ROSA. Creo que se ha escondido en ese cuarto.

ROQUE. ¡Oh! ¡rabia! (*Se dirige á la puerta de la habitacion en que está Teresa.*)

ROSA. Está cerrada con llave.

ROQUE. No importa; la derribaré.

ROSA. Si estuviese segura, en hora buena; pero no he visto entrar á nadie, y... Tranquilícese usted... Para sor-

prenderla haga usted lo que yo... ocúltese usted...

ROQUE. Sí, excelente idea; pero ¿en dónde? ¡Dios mio! ¿en dónde?

ROSA. (*Señalando la armadura:*) Mire usted, aquí. Póngase usted este casco y esta visera; bájela usted, y podrá verlo todo sin ser visto.

ROQUE. (*Examinando la armadura.*) ¿Cree usted que cabré? ¿No vé usted que soy muy grueso? (*Mientras se disfraza, se oye á Chuleta hablar con Casilda en la escalera ó cantar unas seguidillas.*)

ROSA. (*Ayudándole á poner la coraza.*) ¡Eh! Aun podrian meterse dos como usted... Despáchese usted... pueden venir...

ROQUE. Ahora las botas... el casco... (*Acaba de ponerse la escarcela con el auxilio de Rosa.*)

ROSA. ¡Qué diablos de hombres!... ¡no tienen maña!... ¡No saben ustedes hacer nada!... (*Despues de ponerle el casco.*) ¡Ea! Ya está... Tenga usted esta maza en la mano. (*Se la dá.*)

ROQUE. Yo no quepo aquí... yo me ahogo...

ROSA. Pues es preciso, si no...

ROQUE. Yo revien... (*Rosa le baja la visera y no le deja concluir.*)

ROSA. Mejor... ¡Chist!... Ya suben por la escalera... no se menee usted...

ROQUE. ¡Ah! ¡pérfida Teresa!—Aquí no se puede estar.

ROSA. Paciencia, amigo mio... (*Corre á colocarse sobre la banqueta.*)

ESCENA XVII.

LOS MISMOS *y* CHULETA, *que entra por el foro con una vela apagada, un candelero y fósforos. Es completamente de noche.*

CHUL. ¡Ni un alma!... Ni la de cántaro de esa alborota-pueblos... Se conoce que se ha ido mientras mi mujer me daba las friegas... Casilda cree que la ha visto salir... Por esa parte ya no hay cuidiao... Pero ¿y la otra? ¿la señora que esperaban?... ¿No puede haberse marchao...

ROSA. (¡Pobre de ella!...)

ROQUE. (¡Es Teresa, no hay duda!)

CHUL. (*Volviendo asustado la cara á derecha y á izquierda.*)

¿Eh?... ¡Es estraño!... Se me figuraba haber oido... ¡Oh!... El estudio de un pintor es muy bonito de dia... cuando hace sol... ¡Pero de noche, esos monigotes me dan un miedo!...

ROSA. (¿Si? ¡pues ya me las pagarás, viejo taimado!) *(Se levanta y se pone de pié sobre la banqueta)*

CHUL. (*Enciende la luz, que habrá puesto sobre la mesa.*) ¡Calle! ¡se ha puesto de pié!... Juraria que antes estaba sentao, ó mas bien tumbao á la bartola... ¿Cómo diablos?...

ROQUE. (¡Cuerno, cómo pesa esto!) (*Pasa la maza á la otra mano y la apoya en el suelo junto á los piés de Chuleta*)

CHUL. (*Huyendo.*) ¡Ay! ¡ay! ¡Ese burro ha pasao la cachiporra á la otra mano! (*Se vuelve y vé á Rosa y á don Roque que ocupan sus primitivas posiciones.*) ¡Si no se han meneao!... ¡Ja! ¡ja! El vino me hace ver visiones... sospecho que he bebio un poco... (*Retirando la mesa á un lado.*) ¡Hola! ¡hola! ¿todavia hay mas? A ver si cobramos fuerzas... *(Coje la botella y bebe.)* No hay cosa como la uva esprimia pa quitar la medrana. Por mas que hago, no puedo olvidar la guerra que me ha dado esa rapazuela. ¡Ah! ¡perra!

ROQUE. ¡Ah! ¡perra!

CHUL. (*Dejando de repente la botella.*) ¿Eh?—¡Han hablado! ¡Bah! será el eco... Fumemos. (*Se acerca á la mesa, saca del cajon un cigarro y se pone á fumar.*) Si me viese el señorito, quizá me llamaria ladron...

ROSA. ¡Ladron!!!

CHUL. ¡Esto ya pasa de raya! ¡Han hablado otra vez! ¿Si habré yo pecao y serán los diablos que vienen ya por mí?

ROSA. ¡Siiiii!!!

CHUL. (*Dá un salto.*) El hombre de hierro estornudó.

ROQUE. ¡Noooó!!!! (*Al decir esto, apaga y tira al suelo la vela que Chuleta acercó para examinarlo.*)

CHUL. ¡Dios mio! ¡qué es esto! ¡Ladrones! ¡ladrones!... ¡Ay! ¡ay! ¡socorro!... ¡á la guardia!...

ESCENA XVIII.

LOS ANTERIORES *y* RUFINO, *que entra precipitadamente por el foro.*

RUF. ¿Qué voces son esas? ¡Mi cuarto á oscuras!... ¡Portero, portero!... (*Enciende un fósforo y con él la vela, poniéndola sobre la mesa.*)

CHUL. (*Corriendo al lado de Rufino y abrazándole*) ¡Ay señorito!... las muñecas de usté se menean... El guerrero tiene un constipao atroz... ha dejao caer la cachiporra, y me ha aplastao veinte callos... Esa bestial, ó vesta! parece que tiene azogue... los dos charlan como cotorras... yo pensaba que los automátes no se movian ni hablaban!...

RUF. (*Examinando á Rosa.*) ¡Pero hombre! ¿está usted borracho?... (¡Sin embargo, ese pié... sí... es el de Rosa!... ¡Ah! ¡se ha puesto ahí para espiarme! ¡esto es atroz!...)

ESCENA XIX.

LOS MISMOS, LUIS, *despues* TERESA.

LUIS. ¡Victoria! ¡victoria! ¡Teresa es mia!...

ROQUE. ¡Ah! ¡tunante!... (*Trata de dar un paso y cae sobre Chuleta.*)

CHUL. (*Gritando.*) ¡Ay! ¡ay!... Pero, señor, ¿qué le habré hecho yo á este muñeco? (*Haciendo esfuerzos para levantarle y quitándole el casco.*) ¡Calle!... este es el de la peseta!...

LUIS. ¡Don Roque!...

ROQUE. (*Pasando al lado de Rufino.*) Sí, yo, que vengo por mi mujer para matarla... ¡Está aquí!...

RUF. Se equivoca usted, caballero.

ROQUE. Le digo á usted que me entregue á Teresa.

TER. (*Saliendo del cuarto de la derecha.*) Y Teresa se echa á los piés de su tio, pidiéndole perdon.

ROQUE. ¡Qué veo! ¡Teresa! ¡mi sobrina!... Luego la carta que ha recibido mi mujer...

TER. Me la escribió á mi don Luis...

LUIS. El cual tiene el honor de pedir á usted la mano de su sobrina, que su señora esposa de usted me ha concedido ya...

ROQUE. (*Despues de vacilar.*) Tómela usted, hombre, aunque no sea mas que en celebridad del chasco que me he llevado... (¡Oh! ninguna mujer deberia llamarse Teresa sino la mia.)

RUF. ¿Pero qué desórden es este? ¿quién ha hecho tantos estropicios?... ¡Calla! ¿y la comida?

CHUL. (Comida.)

RUF. ¡Por vida de!... ¡Ah! tio Chuleta... (*Coje un tiento y corre tras él en ademan de pegarle.*)

CHUL. Ha sido la señorita Rosa...

ROSA. ¡Cómo se entiende! ¡viejo embustero!... (*Se levanta, se quita el manto de la vestal, tirándolo sobre el banco, y persigue á Chuleta. Todos, menos Rufino y don Roque, al verla, retroceden asustados.*)

TÉR. (*Dando un chillido.*) ¡Ah!

CHUL. ¡Anda! ¡anda! ¡Quién habia de pensar! ¡Já! ¡já! ¡já!

RUF. (*A Rosa.*) ¿Con que usted se ha propuesto acabar conmigo, señorita? Mire usted, Rosa, ya no tengo paciencia para sufrirla. Váyase usted...

ROSA. (*Conmovida.*) ¿Me echas? ¿Ese era el amor que me tenias?... Pues bien, seré tu sombra, te seguiré á todas partes; á los bailes, á los teatros, á las iglesias, iré siempre detrás de tí.

RUF. Yo haré que no se salga usted con la suya.

ROSA. No lo conseguirás.

RUF. Sí.

ROSA. No.

RUF. Que sí.

ROSA. ¿Que no? ¿Cómo?

RUF. Yendo á tu lado de bracero con permiso de la vicaría.

ROSA. ¡Oh! ¡soy la mas dichosa de las mujeres!... ¿Pero, qué digo? Aun me falta una cosa. (*Se dirige al público muy enfadada.*)

¡Señores, voto á Luzbel!...
un aplauso quiero yo...
dénmelo ustedes, si no...

RUF. (*Conteniéndola.*) ¿Qué harás?

ROSA. (*Con dulzura y amargo sentimiento.*)
Quedarme sin él.

FIN DE LA PIEZA.

Habiendo examinado este juguete cómico no hallo reparo en que su representacion sea autorizada.

Madrid 20 *de abril de* 1858.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de D. Fernando Fé, Carrera de San Gerónimo, núm. 2.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

D. Miguel Mora, Rua do Arsenal, núm. 94, Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al Editor, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.